

La crisis alimentaria y la necesidad de un nuevo orden internacional

EN LA CONFERENCIA MUNDIAL DE LA ALIMENTACION

NOTICIA

A continuación se presenta el texto de dos discursos del presidente de México, Luis Echeverría. El primero fue pronunciado en Roma, Italia, el 11 de noviembre ante la Conferencia Mundial de la Alimentación auspiciada por las Naciones Unidas y por la FAO; el segundo se dijo al día siguiente en la reunión plenaria del Grupo de los 77, participantes en la citada Conferencia.

TEXTO

Señor Presidente de la Conferencia;

Señores delegados:

Vivimos una hora decisiva. Este período no está limitado, únicamente, por la frontera trágica entre la opulencia y la miseria. Está en juego el destino de la Humanidad.

Los hechos, convertidos en protagonistas de la historia, nos demuestran y revelan la urgente e imperativa necesidad de transformar el orden económico contemporáneo. Esta afirmación, que hace unos años se hubiera considerado como una exageración inaceptable, se ha convertido ahora en la única vía de mesura. En este tiempo la más terrible demagogia es el conformismo y la falsificación de la realidad. Esta demagogia, verdadera arma dialéctica de la ausencia de solidaridad internacional, es el instrumento ideológico de todos los que se niegan a aceptar el cambio del mundo.

Sé que mis palabras cuentan de antemano con una audiencia alerta, lúcida. En este encuentro se ha tenido la valentía de establecer un balance inequívoco sobre el futuro de un planeta gobernado por la irracionalidad de las prioridades frente al destino y la suerte de millones de hombres hambrientos y sin esperanzas.

Repetir unos datos y descifrar su significado acaso pueda ser, para muchos pueblos cansados de las palabras desvinculadas de los actos, una prolongación de la ambigüedad y la imprecisión. No pretendo hacer aquí una nueva e inútil requisitoria contra la

sociedad de consumo, sino participar en el análisis de las causas que generan la crisis contemporánea y en la búsqueda de soluciones y alternativas para hacerle frente.

Asistimos, sin duda, a una serie sucesiva y compleja de explosiones sociales y económicas de carácter planetario, en un mundo desarticulado por la yuxtaposición de las naciones ricas y las naciones pobres, por la contradicción entre el desarrollo tecnológico y el subdesarrollo material.

La confluencia de estas dos magnitudes de la realidad demuestran no solamente el fracaso de la sociedad de consumo, sino de la civilización de nuestros días. Civilización que emerge para el hombre actual desde tres grandes niveles de su propia realidad sociológica: el de la tecnología, el de las instituciones y el de la ideología.

En el primer caso, pese a su deslumbrante ingreso en la edad atómica y en la edad del espacio, se ha perpetuado un proyecto primario de explotación, es decir, la tecnología se ha convertido en una continuación más de la política de potencia tal como ésta se concibiera y se realizara en los ciclos históricos del imperio, el colonialismo y la dominación militar y económica de los más fuertes sobre los más débiles.

Las instituciones tradicionales y el cuerpo jurídico-político derivados de la política de potencia no han sido sustituidos, hasta el día de hoy, por las instituciones renovadoras y dinámicas, que hubieran permitido un cambio cualitativo en las relaciones internacionales.

La ideología que acompaña, defiende y sostiene esas instituciones, se presenta como un factor más de enajenación y funciona como el escudo de un sistema que convierte la tecnología en un instrumento de información, pero no de cambio. Sabemos electrónicamente los cientos de millones de hombres que pasan hambre y los niños que morirán de inanición este año. Esta revelación cibernética ni ha determinado una acción coherente ni ha establecido, en el campo estricto del conocimiento científico, un pensamiento verdadero que nos ofrezca, ante las cifras, una alternativa racional y humana.

La ideología consumista, que insensibiliza la conciencia humana en la era de las telecomunicaciones, genera, como si se tratase de un hecho normal, una conciencia social desvinculada

de las dimensiones morales y políticas de lo colectivo y social. Se ha llegado a aceptar el subdesarrollo, por esa causa, como el fracaso socioeconómico de ciertas sociedades concretas, pero no se profundiza sobre su significado real: que el subdesarrollo no es otra cosa que una dimensión suburbial del desarrollo.

Se asiste, a un mismo tiempo y en la misma esfera de la actividad humana, al cinturón universal del hambre y al exceso de bienes, al desperdicio de las materias primas y a la prolongación y extensión de los programas de un rearme que sigue fincado en el área de una ciencia ostensiblemente revolucionaria desde el punto de vista de los medios que emplea, sobre los mismos criterios estratégicos y morales del siglo pasado.

Hace diez meses afirmaba en la FAO que los problemas de la tierra se conforman sobre el crecimiento de una población que se duplicará en 35 años, por la existencia de un universo de juventudes —en el Tercer Mundo el 45% de su población total— y por la imposibilidad de continuar la explotación y la desigualdad humana, en nuestro tiempo, desde la plataforma ideológica y material de los viejos y los nuevos imperios.

La cuestión petrolera y la elevación de las materias primas han demostrado que los pueblos productores reclaman, obtienen y obtendrán el soberano derecho a la recuperación de sus recursos naturales y al establecimiento, en el mercado mundial, de un legítimo mecanismo de defensa económica frente al orden que se construyera forzosamente, con las múltiples armas de la política de potencia, en el curso de centurias enteras de dependencia.

Se ha iniciado, en forma irreversible, un nuevo período de la historia. Está definido por un cambio importante en la correlación de fuerzas internacionales. Nadie debe engañarse respecto a ello. Ningún Estado, ninguna nación, por poderoso que sea, podrá cambiar ni alterar ese movimiento universal hacia la liberación de las naciones y de las sociedades humanas.

La elevación de los precios, la confrontación de mercados y la crisis de materias primas no puede ser achacada al Tercer Mundo. Ha sido determinada y producida, en su sentido último, por la incapacidad de las grandes naciones industriales para someter su modelo de producción a un sistema de solidaridad internacional, desarrollo compartido e interdependencia basada en la equidad y la justicia; por ello mismo, es erróneo creer que la inflación y la ingente penuria de alimentos se derivan de las nuevas posiciones adoptadas por los países proletarios. La verdad es, al contrario, que la crisis de nuestros días no se ha producido por la elevación de los precios de las materias primas, sino porque el orden internacional del imperio industrial y político *no* ha sabido responder a los grandes problemas derivados del cambio histórico con soluciones que hubieran servido, por igual, a todas las naciones. Pretendiendo mantener el orden establecido, han suscitado la incontenible reacción de los pueblos que aspiran a la soberanía sobre sus recursos y a la plena liberalización de su destino político.

Afirmamos, por esa causa, que el subdesarrollo, como la inflación, no son hechos aislados, sino el específico resultado de una degradación socioeconómica y política que afecta a numerosos aspectos del proceso global. En síntesis, el subdesarrollo no puede entenderse al margen de las relaciones desiguales implantadas por la fuerza, en los pasados siglos. Cabría decir, al contrario, que constituye el correlato normal del sistema impe-

rante en el mundo. Es la correlación de un modelo de crecimiento generador del desequilibrio interno y externo.

Es ahí donde nuestra civilización, basada fundamentalmente en la falta de solidaridad, ha fracasado casi por entero. Esa civilización ha producido medios que adecuadamente empleados podrían suponer no sólo la transformación, sino la creación de fondos, de recursos y de tecnologías que, en la práctica, deberían ser parte del patrimonio colectivo de una humanidad interdependiente.

La sociedad de consumo y desperdicio ha desquiciado las prioridades esenciales del desarrollo humano. El hambre que hoy paraliza la actividad de pueblos enteros se ha fabricado con la misma frialdad con que se construye una bomba atómica. La transformación progresiva de los cereales y granos en carne, hace posible que su hiperconsumo en ciertas áreas opulentas del planeta suponga, en otras, la destrucción de toda posibilidad proteínica.

Como última connotación de ese proceso, y por un camino homólogo, los medios de información y publicidad han transformado en consumidoras de lo superfluo a generaciones enteras. Es la expresión racionalizada y teledirigida de la imposición de los gastos y patrones de consumo a escala universal.

Lo anterior permite proponer la movilización hacia un consumo alimentario adecuado que implante, a escala global, una idea nueva de la vida y de la solidaridad internacional.

De cara a esos problemas, México presentó la imprescindible necesidad de un Banco Mundial de la Alimentación y de la Investigación Agrícola. En unos pocos meses se ha demostrado que aquella preocupación no estaba fundada en la utopía, sino en la previsión objetiva de los acontecimientos. El eslabón del hambre, que afecta hoy a varios cientos de millones de seres humanos —y que afectará a muchos más en el futuro—, es el eslabón de una cadena entera: la erosión de la tierra, el cultivo irracional, el subdesarrollo económico, las deficiencias derivadas de la carencia de proteínas, la penuria creciente de granos, la baja alarmante de los depósitos mundiales de cereales.

No es el eslabón del hambre, repito, lo esencial. Es la cadena de aquellos hechos lo realmente decisivo. El eslabón más débil de la cadena —los alimentos y el petróleo— no nos permite el olvido o la deformación de las causas generales que determinan el desequilibrio general. Cualquier interpretación parcial, por ello mismo, fracasará antes o después, como ha fracasado, en sus grandes líneas, el simulacro de la ayuda económica internacional, o se han pulverizado, por la misma causa, los programas de control de la natalidad, aislados de un plan conjunto de desarrollo económico y de educación.

Por eso mismo denunciaremos cualquier tentativa de convertir la escasez de alimentos en un arma estratégica de presión de los grandes países productores. Una actitud de ese carácter, contraria a todos los intereses de la Humanidad, supondría construir la paz sobre los imperativos de la guerra.

No queremos hablar, por todo esto, de un horizonte subjetivo y de resonancias exclusivamente moralizantes y elusivas. Planteamos la indispensable necesidad de un proyecto mundial de alimentos que especifique zonas de cultivo, que posibilite la

acción colectiva, que establezca las bases para una ordenación de los fertilizantes, semillas y uso del agua, que formule la hipótesis de nuevas cosechas o de nuevas producciones agrarias estableciendo una verdadera educación universal sobre el valor de los alimentos y la significación proteínica del desarrollo. Todo ello es posible en el presente. Los satélites artificiales, fuentes ingentes de información sobre tierras y cultivos y el átomo pacífico, invaluable recurso de energía, podrían ampliar el horizonte humano si estuvieran al servicio de la Humanidad y no del poder concebido, todavía, desde instancias mentales primarias.

La indispensable modernización y conversión técnica de la agricultura en el Tercer Mundo, se ve obstaculizada por los sistemas de protección agrícola con la que los países industrializados cubren a su propia agricultura. Tales prácticas frustran el aumento de la producción o la calidad de los alimentos procedentes de los países en vías de desarrollo, así como su mejor distribución y financiamiento. La diversificación de los cultivos y la mayor productividad, consecuencia de un empleo racional del suelo, se ve anulada por los requerimientos de una sociedad opulenta, ávida de consumos superfluos y dispuesta a pagar su precio.

Las naciones dependientes no tienen otra alternativa que aquella que les marcan los impulsos del mercado. La demanda suntuaria decide la orientación de su producción, por absurda o antieconómica que ésta sea.

Enormes extensiones de tierra, que deberían aprovecharse para aliviar el peso de las carencias alimentarias, se destinan a satisfacer modelos desquiciantes de consumo; especies superiores de la escala zoológica desaparecen por halagar los dictados de la moda o sirven para cebar animales domésticos víctimas también de la histeria de una sociedad que se ha individualizado hasta convertir en categoría moral su egoísmo individual o colectivo.

La agricultura de los países del Tercer Mundo, ejemplo de la explotación imperial en el marco de la división internacional del trabajo, ha exportado a precios de hambre los productos que han costado y hecho rentables las estructuras industriales de las naciones más ricas de la Tierra. Con los fertilizantes y la maquinaria agrícola se han comprado las cosechas que significaban el único patrimonio económico de pueblos enteros.

De la misma forma, a través de las devaluaciones o los mecanismos proteccionistas supranacionales —el Mercado Común Europeo en tanto que comunidad asociada, o los Estados Unidos en tanto que organización económica de carácter mundial— los poderes industriales han arruinado o impedido el desarrollo de las sociedades agrarias del planeta.

En esos dos puntos estamos totalmente de acuerdo con Argentina y Cuba, pero añadiendo algo más: que una gran parte de la agricultura de monocultivo en el Tercer Mundo se estableció, como es bien sabido, en la órbita concreta de las necesidades de los imperios o de las compañías transnacionales. La consecuencia de ese sistema ha sido el desequilibrio ecológico, la erosión y el abandono anual de cientos de miles de hectáreas para proseguir, cada año, una gigantesca operación de aniquilación geográfica.

La creencia de que la catástrofe ecológica es un fenómeno

exclusivo de los países industriales avanzados, constituye una mistificación pueril y una trágica cortina de humo. En todo el cinturón geográfico del hambre se encuentra, como un rastro específico, la huella de las producciones conformadas según el patrón de los imperios monopolísticos.

El balance de la gigantesca erosión agraria del Tercer Mundo, consecuencia directa de la explotación, causará una conmoción universal cuando se levante el catastro científico de sus verdaderas magnitudes. Mientras tanto seguimos manteniendo el mito de la naturaleza idílica, sin entender las causas de la creciente y espantosa extensión anual de los grandes espacios de la sequía, la erosión y el hambre.

Las relaciones internacionales entre los países ricos y los países proletarios definen estructuras de explotación que nadie puede negar, pero nada de ello es comparable al círculo de la opresión, descapitalización y tiranía que han presidido, en lo comercial y en lo económico, los intercambios entre la industria imperial y la agricultura de las naciones dependientes. La transformación de nuestro tiempo será inviable sin la mutación de esas relaciones de subyugación económica y de tiranía en el orden político y social. Sin un cambio radical entre los espacios urbanos dominantes y los espacios agrarios periféricos, todas las soluciones serán insuficientes y parciales.

Asistimos hoy al resultado de ese desquiciamiento. Vemos ya las consecuencias directas del hambre. Contemplamos el cuadro intolerable de una miseria de la que todos somos responsables. Sobre todo quienes propician el desperdicio, quienes cultivan el lujo rodeados de pobreza, hecho que ocurre también, desafortunadamente, en el área específica de las oligarquías de los países del Tercer Mundo.

Es sabido el drama de cientos de millones de seres humanos situados en las fronteras de una historia dramática: el hambre y la enfermedad. Se conocen, de igual suerte, las amenazas ecológicas y los peligros que gravitan sobre los alimentos en razón del deficiente uso de los medios técnicos de conservación, en unos casos, o del abuso que convierte, en otros, la farmacología, la química o la publicidad en factores de una misma estructura de consumo sin que sean sometidos al imperativo del interés social y comunitario. México se ve obligado a insistir hoy, a repetir en esta jornada, que esa situación no se corregirá con medidas aisladas.

El hambre o la erosión de las tierras del planeta no podrán ser corregidas sin cambiar las estructuras tradicionales del sistema de poder contemporáneo. Es indispensable, por esto mismo, que la oferta y la demanda de la alimentación, a escala del comercio mundial, no estén reguladas por las compañías transnacionales ni por sus intermediarios técnicos en las bolsas internacionales de las materias primas.

El cambio racional de esta situación depende, en primer lugar, de la recuperación de la iniciativa histórica por parte de los gobiernos frente a las empresas multinacionales, y en segundo lugar, de la organización solidaria entre las naciones para hacer frente a los problemas de conjunto a través de compras de Gobierno a Gobierno, eliminándose así el círculo vicioso de los intermediarios.

En suma, lo que nosotros hemos planteado en todos los

foros internacionales ha sido el discernimiento crítico de la quiebra de una civilización que intenta mantener la tesis de que los males que padece son autónomos, separables entre sí y no como realmente son: formas integradas y homólogas de una crisis global del sistema en conjunto.

Esto no quiere decir que no existan posibilidades de reacción, desde un punto de vista global, frente a los problemas convertidos, por su enorme proporción, en dilemas de carácter permanente y no accidental. Mantenemos, en suma, que el mundo dispone hoy de medios revolucionarios que ninguna civilización tuvo a su mano. Concebidos al servicio del hombre, resolverían las sombrías perspectivas presentes y las proyecciones pesimistas del futuro. La Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados pretende definir, en ese horizonte, las premisas racionales de una nueva etapa del devenir humano.

En las circunstancias presentes la prioridad absoluta es la producción de alimentos, pero dándose la prioridad a la distribución en vez de a la comercialización, puesto que ésta acentúa, además, la injusticia de la estructura del consumo. La comunidad internacional tiene que realizar, en ese aspecto, un esfuerzo supremo para restablecer el equilibrio no sólo entre población y alimentos, sino entre necesidades proteínicas indispensables y progreso económico y social, puesto que el drama del subdesarrollo está presidido por la subalimentación. Seis gramos diarios de proteínas de origen animal, se estima, constituyen la ración de hambre en los países en vías de desarrollo y treinta en los países industriales. En el fondo, el problema es mucho más intenso, puesto que la marginalización de las grandes mayorías en los países del Tercer Mundo implica la modificación sustancial e inequitativa de estos datos estadísticos.

Lo importante es crear las condiciones que hagan posible, con la alimentación, la revolución proteínica. Es indispensable que las naciones industriales y las naciones del Tercer Mundo lleguen, en ese punto, a dos acciones paralelas: a un balance real de sus activos agrarios a escala universal y a un proyecto urgente y de medio y largo plazo sobre las necesidades prioritarias de la alimentación básica y proteínica de la población del planeta.

El Banco de Alimentación tiene que operar también como un banco financiero de fomento al desarrollo agrario que posibilite, con una cámara de compensación, la distribución internacional de los granos y de los alimentos, que considere el interés mismo de las agriculturas más tecnificadas atendidas, todavía, al principio absoluto del mayor beneficio.

Esa idea supone el estudio y análisis de las políticas de producción, distribución, comercialización y exportación de alimentos.

Para ello es preciso definir, en el marco del Banco de los Alimentos, un capítulo financiero, para estudios y cooperación técnica inmediata, que haga posible la transformación de la situación presente. Los suelos del planeta y la población de la Tierra tienen que hacer frente al desafío que la historia de la sociedad de consumo ha arrojado sobre nuestras espaldas.

El banco de alimentación o la institución de fomento financiero al desarrollo agrario no son nombres definitivos. No debemos poner nuestro empeño ni nuestro honor en cuestiones

de semántica. Invitamos a todos a que se encuentre la fórmula adecuada.

Esta idea, señores delegados, concuerda íntegramente con la proposición que hace 48 horas expusieron los representantes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo.

En síntesis, entiendo que es necesario crear una nueva institución, banco o fondo, dentro de la familia de las Naciones Unidas para financiar proyectos y programas alimentarios de desarrollo a corto y largo plazo; que todos los países desarrollados y en vías de desarrollo contribuyan a dicha institución de acuerdo con sus recursos y posibilidades, sobre todos aquellos que cuentan con balances favorables; que la institución sea administrada por un consejo integrado por los países desarrollados, los países en desarrollo y los países beneficiarios; que la institución tenga un carácter realmente democrático que corrija abusos, influencias y etnocentrismos de política de potencia; que promueva proyectos de alta prioridad incluyendo el financiamiento de insumos agrícolas y medios de producción relacionados con la industria alimentaria; que financie el sistema de seguridad alimentaria; que se comprenda que el desarrollo no es sólo cuestión de recursos materiales, sino de la organización de los hombres, de la justicia social y de un nuevo orden económico mundial; que la nueva institución no repita la inercia burocrática, la lentitud y la ineficiencia y que, sin embargo, aproveche la experiencia de los organismos existentes.

Hace diez mil años se produjo, cuando el mundo tenía diez millones de habitantes, la que ha sido llamada la primera revolución agraria del hombre, al dominar éste las incipientes técnicas del regadío. En el momento presente, producir, crear reservas y transformar el horizonte proteínico del mundo es la más alta empresa del desarrollo consciente de la humanidad. La nueva revolución agraria no sería, como hace diez mil años, la de las primeras técnicas, sino la de la cooperación racional, científica y financiera de las sociedades contemporáneas.

Por esa causa, frente a las crisis aparentemente circunstanciales, pero que delimitan el espacio social de unos conflictos permanentes que afectan a la humanidad entera, México reafirma su hipótesis de que la solución verdadera se encontrará solamente cuando los medios y los fines, los derechos y los deberes, estén sometidos al consenso de la razón histórica y al acuerdo fundamental entre las naciones libres y soberanas. Naciones, sobre todo las del Tercer Mundo, que jamás se someterán ya a la idea imperial o transnacional de una lógica del desarrollo que demuestra, con el hambre y la destrucción de las reservas de los recursos de la Humanidad, la esterilidad de un sistema que ha mantenido en los momentos más altos de su esplendor, la miseria como su corolario natural.

La Carta de Derechos y Deberes podrá operar, por otra parte, como un instrumento antiinflacionario que corresponde a las necesidades más urgentes no solamente de los países proletarios, sino de las más avanzadas naciones industriales que no han podido resolver, ni resolverán en las circunstancias presentes, la crítica y alarmante elevación de los precios.

El ciclo del desempleo y la inflación, que la arrogancia industrializada creía era el correlato natural de las llamadas "repúblicas bananeras", ha pasado de los espacios periféricos del subdesarrollo a los espacios centrales de las viejas metrópolis. Y

el subdesarrollo, en su sentido estricto, afecta también, por el mismo desorden generado por el modelo económico, a muchas grandes naciones industriales.

Las causas de ese subdesarrollo ideológico e institucional de las grandes sociedades industriales —subdesarrollo que aparece también en sus desajustes monetarios y de carácter interno— arranca en el hecho de que no han aceptado que en la esfera del poder tradicional, la plusvalía internacional que de aquél se derivaba y la forzada división internacional del trabajo, han terminado su ciclo histórico. Únicamente un marco nuevo de derechos y deberes sustituirá el subdesarrollo por un desarrollo a imagen humana y sólo el cambio real de las opciones y las prioridades supondrá la conversión del crecimiento irracional en un sistema económico y técnico que haga del progreso material la prueba consciente y crítica de un progreso humano.

Al cabo de varias centurias, nuestra civilización confrontada con el hambre y el subdesarrollo, no puede pasar por un ejemplo de la transformación del mundo hacia la equidad y la justicia. Los ideales de igualdad sobre los cuales se edificaron los sistemas económicos y sociales han generado un mundo no sólo diferenciado, sino articulado sobre una dicotomía trágica.

El hambre, como la más cruel deficiencia humana, nos obliga a buscar y a encontrar alternativas reales. Sobre todo porque la comunidad internacional se transforma y no es tolerable que ese cambio se precise en unas cuantas islas de opulencia o soledad. Prolongar las estructuras de un esquema caduco no ejercerá otro efecto que el de incrementar las desigualdades y, por tanto, las crisis sociales. Nos corresponde encauzar los cambios que se presentan, regir el sentido de la transformación y propiciar los nuevos equilibrios.

Los objetivos que se han propuesto a los países del Tercer Mundo, corresponden a modelos de crecimiento cuyo altísimo nivel de eficiencia contrasta con su extrema ineficiencia a la hora de las soluciones y respecto a los requerimientos materiales de las naciones emergentes. En otras palabras, se trata de objetivos que no han satisfecho en ningún caso las aspiraciones profundas de la Humanidad. No hablamos, en contraste, de readaptar antiguos aparatos institucionales superados o de repetir modelos miméticamente sin considerar la fuerza revolucionaria de las culturas nacionales que, por serlo realmente, profundizan la imagen universal del hombre.

Los países marginados reclaman el derecho a edificar estados soberanos, a escoger su propia vía de desarrollo y a elegir su sistema económico, político y social, de acuerdo con la voluntad de su pueblo.

Esas son las bases sobre las cuales se puede edificar una nueva sociedad. Implica una toma de conciencia lúcida y crítica sobre la solidaridad y la interdependencia. Vincula a todos los estados y los proyecta a la formulación de objetivos comunes de bienestar compartido. Supone también una voluntad firme para poner en práctica normas eficaces de cooperación internacional.

Las prioridades que hasta ahora han regido a la actividad económica han sido contrarias, en muchos casos, a los intereses globales de la Humanidad. El enorme desperdicio de recursos materiales y de potencial científico y tecnológico que implica la

escalada armamentista contrasta, cruelmente, con el hambre que se cierne sobre las naciones más pobres y, a largo plazo, sobre las más poderosas. El despilfarro irracional de las materias primas y los recursos naturales para atender las supuestas necesidades de una sociedad de consumo, sociedad que no tiene otro esquema de futuro que lo accidental e inmediato, genera un desequilibrio social y moral sustantivo que se traduce en la violencia y la angustia, que han sido exportadas de los grandes países industriales al Tercer Mundo.

En varias ramas de la producción hemos agotado los recursos naturales. En otros, las grandes empresas transnacionales han mantenido en secreto yacimientos que sólo ellas conocían y que ahora utilizan como un medio de presión para crear, con la confusión, situaciones contradictorias en el seno de una nación o entre esa y otras naciones. Ahora la falsificación informativa, al servicio del terrorismo reaccionario, es la guerra política, por otro camino.

Sabemos, sin embargo, que existen recursos suficientes en la Tierra, para hacer frente al previsible crecimiento de la población en los próximos años. Todo depende del espíritu solidario que los hombres y los pueblos sean capaces de desplegar. Pero no serán las palabras sino los actos, no serán tampoco los discursos, sino las decisiones que tomemos, lo que nos indicará si la sociedad tecnológica está al servicio del hombre; pero no del hombre aislado, sino de las sociedades organizadas en un proyecto racional y universal revolucionario.

Mejorar los canales de producción, distribución y financiamiento de los alimentos y materias primas es una meta indispensable. Superar las crisis inflacionarias es un fin colectivo y obligado para todos pero que no se obtendrá nada más que mediante la colaboración interdependiente y mundial. De una u otra forma se trata de un proyecto material que sólo en el cuadro de medidas concretas se realizará y se cumplirá. Abundar en las hipótesis y las teorías, en los datos y las cifras, sin aportar soluciones, es peor que un error; es un crimen científico y moral que la historia cobra siempre, y para siempre, con explosiones sociales gigantescas.

Las instituciones internacionales, en grandes líneas, están sometidas todavía a los viejos grupos de poder: como si el Tercer Mundo no hubiera surgido y el centro de gravedad política y económica no se hubiera desplazado. Su estructura democrática es deficiente y orientada hacia formas de organización que dependen más de las aportaciones financieras o de la influencia política, que de los intereses colectivos de la Humanidad.

La lucha por lo sustantivo requiere ser acompañada por un esfuerzo permanente en favor de lo instrumental.

La FAO padece aquellos mismos defectos originales. Esta Conferencia no debe cerrar sus trabajos sin haber remozado la estructura, la orientación y los medios específicos para su acción y pleno funcionamiento.

Las Naciones Unidas, a través de sus organismos especializados, debe ofrecer el marco institucional justo para que los cambios puedan operarse. Los remedios están a la vista, y al alcance de los gobiernos. Solamente es necesaria la manifestación inequívoca de una conciencia responsable que lleve a cabo

las recomendaciones que aquí surjan. El objetivo es una acción común firme y coherente en beneficio de todos.

Señor Presidente de la Conferencia:

Señores delegados:

Por las circunstancias que la rodearon esta Conferencia suscitó la expectación universal. A medida de esa gran esperanza será la decepción, si concluye sus trabajos sin haber obtenido resultados concretos y con un carácter urgente e inmediato.

Ante la incapacidad de la comunidad de naciones para resolver por la vía pacífica e institucional un problema definitivo e inaplazable como es el hambre, la confianza de los

pueblos en los instrumentos de la civilización contemporánea quedará destruida. El vacío que deje nuestra incapacidad operativa será colmado por la violencia irracional.

Los países que más poseen, como los hombres, o las sociedades más ricas, tienen mayores responsabilidades y deberes. A ellos apelamos en primer término. Confiamos en que las fuerzas de la razón habrán de triunfar sobre el egoísmo irrazonado. Que nadie olvide que ninguna fuerza, por poderosa que haya sido o crea ser, ha prevalecido sobre los pueblos. El cambio es la medida del progreso y éste sólo puede medirse como tal si supone el avance de los pueblos, que siempre quieren ir arriba y adelante, y no de unas minorías o unas naciones privilegiadas e indiferentes al destino colectivo de la Humanidad.

ANTE EL GRUPO DE LOS 77

Señores delegados:

El pleno entendimiento del urgente tiempo que vivimos, el sentido de la responsabilidad política y la convicción de encontrarme ante la fraterna comunidad del Tercer Mundo, me obliga a dirigirme a ustedes con una franqueza meridiana y absoluta.

Estamos sufriendo las consecuencias de una crisis histórica que ha tenido siglos de duración en el marco colonial de la dependencia y la explotación. Precisamente por esa doble razón estamos obligados al desentrañamiento de las causas que determinan el subdesarrollo y a la explicitación racional de los factores decisivos de su continuidad en nuestros días.

Parece evidente, en principio, un hecho decisivo y fundamental: que el neocolonialismo, como la política de potencia de carácter tradicional, se han prolongado hasta el día de hoy. Esa realidad inequívoca ha permitido decir al presidente Boumediene en las Naciones Unidas, que el colonialismo y el neocolonialismo han perpetuado la lucha por la apropiación y dominio de los recursos mundiales.

La contradicción flagrante entre el proyecto de liberación de los pueblos proletarios y la mecánica de un orden económico instalado en la desigualdad como forma superior del desarrollo, no puede prolongarse por más tiempo.

Ese orden económico injusto no ha producido solamente la división dramática del mundo entre pueblos ricos y pueblos pobres, ha generado guerras universales cuyo origen profundo, al margen de valoraciones ideológicas indiscutibles, descansaba en la disparidades materiales que opusieran, teniendo en cuenta

sus distintos grados de desarrollo, a las grandes naciones industriales e imperiales.

La guerra no ha sido únicamente la continuidad de la política por otro camino, sino una solución concreta a sus problemas económicos internos y externos.

La depresión económica de 1929, cuyas características presionan sobre la memoria y la psicología de muchos pueblos industriales, en estos momentos, no fue superada hasta el terrible estallido de la segunda guerra mundial. La verificación estadística y política de ese proceso, permite establecer que la guerra y el rearme se han utilizado como factores del crecimiento económico en largos y penosos períodos de la historia.

Esa situación la hemos visto ratificada en los últimos años. Las pugnas y choques supranacionales de carácter local se han transformado, casi normalmente, en guerras bárbaras, desde el punto de vista de los medios empleados, y como formas aceptadas y corrientes para el desgaste y renovación del material bélico. Se confirmaba así la intolerable e irracional correlación económica entre la destrucción material y el crecimiento del producto nacional bruto de los países involucrados en los conflictos.

Algunas revistas especializadas del complejo militar-industrial han llegado al extremo de vincular las magnitudes del costo de la guerra a las posibles variables científicas sobre el aumento del ingreso por habitante.

Posteriormente, al iniciarse el ciclo inflacionario, hubo necesidad de retroceder y de cambiar aquellos supuestos militares y políticos. Sin embargo, y en estos momentos, las grandes naciones industriales están empeñadas en un conflicto comercial

entre sí, una vez más, a la hora de incrementar sus ventas de armamento en el extranjero y, en buena medida, hacia los países en vías de desarrollo.

La finalidad de esa lucha competitiva no es otra que la eliminación del déficit en sus balances comerciales.

En ese punto tenemos imprescindible necesidad de una actitud autocrítica, que impida la reconversión del Tercer Mundo de comprador de lo superfluo en consumidor del armamentismo internacional. De no ser así se contribuirá a la perduración de unas relaciones internacionales basadas en la idea de la fuerza y el temor, es decir, reproduciremos en las fronteras del subdesarrollo el ciclo de inequidad e injusticia que las luchas por la liberación nacional intentaron superar creando nuevas metas sociales y económicas respecto del desarrollo y el orden del cambio real de las sociedades.

Por esa misma causa es indispensable profundizar y explorar, analíticamente, las causas sustanciales de los desequilibrios contemporáneos. La contradicción tradicional entre la guerra y la paz, entre la negociación pacífica y la intervención armada ha sufrido un cambio radical con la bomba atómica y el equilibrio del terror nuclear.

La presente crisis del orden económico mundial seguramente hubiese desencadenado ya, en otras épocas, un conflicto armado. La afirmación no es gratuita: de esa manera, hasta el presente, se resolvieron las contradicciones internas del sistema imperante en sus luchas por la supremacía mundial. En otras palabras, la guerra no funcionaba sólo como la continuidad de la política, sino como la prolongación fáctica de las necesidades económicas.

La posibilidad de la guerra atómica ha transformado ese proceso, pero el caos inflacionario y monetario resalta, como contrapartida, la crisis global de la civilización que había encontrado en la guerra una solución económica y un pretexto ideológico para resolver sus propias e inexorables contradicciones.

Ese peligroso equilibrio económico, que ha originado una situación inédita en la historia humana, ha hecho infinitamente más evidentes, a su vez, las incongruencias del orden económico mundial. Ha servido de justificación también para seguir la carrera armamentaria a unos niveles que suponen, con un riesgo centuplicado, el desperdicio de recursos que son indispensables para la supervivencia humana. El salario de la destrucción se ha convertido así en el salario básico de numerosos ejércitos obreros, con altos ingresos, en las áreas centrales de la tecnología. Pero la posibilidad de una guerra universal generada desde un conflicto local no puede ser, de ningún modo, ni desdeñada ni eludida. Por otra parte, la guerra económica y social constituye hoy la raíz misma del sistema internacional en que vivimos.

El hambre y el subdesarrollo, la inflación y la inestabilidad de los mercados, en tanto que consecuencias directas de la desigualdad y la injusticia, actúan como precondiciones bélicas y constituyen la ratificación del viejo axioma de la explotación del hombre por el hombre. Sustituyen a la guerra abierta, cierto, pero prolongan una guerra encubierta fundamentada en la irracionalidad de las prioridades y en la lógica de un

desarrollo contrario a las necesidades esenciales de la Humanidad.

El subdesarrollo, por tanto, y como hemos dicho, no es una fase hacia el desarrollo como algunos tratadistas del establecimiento dominante han intentado convertir en un principio absoluto, pero que es radicalmente falso.

El subdesarrollo, al contrario, es el resultado específico de un proceso de desarrollo que se cumplió durante centurias, en beneficio de unos pocos países, poblacionalmente minoritarios, y económicamente instalados en el edificio político y militar del imperio, primero, y del poder económico arbitrario y neoimperialista después.

Adversamente, pues, a la hipótesis teórica de los profesores e intelectuales que han defendido, ideológicamente, el orden injusto del mundo, afirmando que el subdesarrollo es una etapa hacia el desarrollo, todo demuestra que ese presupuesto doctrinal entraña el propósito de perpetuar la dominación en sus términos tradicionales.

Lo prueba el hecho de que el período del subdesarrollo ha sido un fenómeno secular estático que han padecido sin cambios cualitativos después del colonialismo, numerosos pueblos de la Tierra.

Ese ideario del establecimiento intelectual dominante supone, en síntesis, un esfuerzo pseudocientífico para impedir la aceleración de las etapas hacia la liberación y la soberanía.

En suma, la situación objetiva de subdesarrollo podría prolongarse, sin solución de continuidad y sin "etapas" de transformación, durante nuevos períodos de dependencia. Eso es lo que no estamos dispuestos a aceptar ni respecto a la ideología ni con relación al orden económico y social imperante.

La lucha contra el subdesarrollo se presenta ante nosotros, por consiguiente, en dos tiempos de idéntica significación: el de la liberación interna y el de la creación de un nuevo orden económico mundial.

Esa definición del proceso no debe evitar a las naciones del Tercer Mundo un análisis riguroso de los problemas que tienen ante sí. Entiendo que ese análisis, en un marco objetivo, resulta indispensable para afianzar en la práctica la vía hacia la liberación, la independencia económica y la soberanía política.

Representante de dos terceras partes de la humanidad, el Tercer Mundo vive una explosión demográfica que en ninguna época de la historia tuvo paralelo semejante. La población del planeta —actualmente cercana a los 4 000 millones de seres humanos— se duplicará en 35 años, pero esa multiplicación por dos acontecerá en 25 años en América Latina; en 27 en África; en 30 en Asia, mientras las grandes naciones industriales pasarán por el mismo trance entre los 70 y los 300 años.

Ese gran problema no puede ser reducido a la estéril y maniquea polémica de malthusianos o antimalthusianos, sino al explícito reconocimiento de que la variación real en la curva demográfica sólo se producirá en un cuadro global de liberación humana que implique, con la aplicación racional de los planeamientos familiares, el desarrollo económico y la educación activa de las masas populares.

No podemos olvidar que el dilema más agobiante al que el Tercer Mundo tiene que enfrentarse consiste en la creación de empleos y en alimentación de los 3 000 millones de habitantes que pueblan los espacios marginales que constituyen nuestra realidad geográfica, económica y social.

La Organización Internacional del Trabajo ha previsto, para la presente década, un aumento de 226 millones de personas en orden a la población teóricamente activa de los países en vías de desarrollo. Entre 1970 y 1980 la masa laborante se incrementará en 160 millones en Asia, en 32 millones en África y 30 millones en Latinoamérica.

Ello supone, en un mundo que tiene ya una ingente masa de desempleados, el más grande desafío histórico que una sociedad humana, hambrienta y desorganizada por siglos de estructuración colonial o poscolonial, han tenido que afrontar desde que el hombre es hombre. Sólo una revolución agraria y política, profunda y verdadera, nos permitirá encarar esos problemas que nos remiten no sólo a la supervivencia, sino a la transformación del mundo.

Los recursos del planeta Tierra, sometidos a la irracionalidad de una producción y un consumo concebidos como una forma más del privilegio de una minoría de naciones, hacen más difíciles las soluciones. Pero no cabe la menor duda de que la explosión demográfica, el desempleo y el hambre certifican también el fracaso de una civilización cuya arrogancia opulenta se yuxtapone a una miseria gigantesca que es su corolario económico más claro. Pero esos hechos no son, únicamente, el símbolo de las sociedades subdesarrolladas. Han pasado a ser ahora un factor concreto, con relación al desempleo y la inflación de las formas de vida de amplios estratos poblacionales de las naciones industriales.

Todo ello induce a pensar que no existe ninguna posibilidad de solución auténtica en un sistema que sigue dedicando 275 000 millones de dólares al rearme y menos del 10% de esa suma a la ayuda económica internacional. Ayuda, por otra parte, que en los más de los casos era una manera económica concreta de ampliar esferas de dominio o de influir culturalmente. En uno y otro caso la ayuda era rentable para los que la ofrecían. Cuando se intentó que la rentabilidad fuese para los que la recibían, la ayuda se disminuía o paralizaba.

La apelación, no obstante, hacia un cambio revolucionario, radical y profundo, carecerá de validez sin establecerse, nítidamente, el proyecto de una nueva sociedad mundial. Ese proyecto no podrá cumplirse sin el reconocimiento de la igualdad soberana, la interdependencia, el interés común y una cooperación real que implique, por aquellas razones, la superación de la asistencia técnica y la ayuda económica concebidas según los imperativos tradicionales del dominio.

La estrategia del desarrollo para los países del Tercer Mundo debe suponer, antes que nada, una clara concepción teórica y la decisión específica de realizar las metas del cambio social y económico. Mantener o seguir los objetivos del mundo colonialista, sería optar, desde una situación mundial totalmente distinta, por la convulsión permanente de las sociedades.

Se trata de definir y expresar, en términos de imaginación sociológica y de conocimiento verdadero y científico, cuáles son

los fines del hombre y de la sociedad en un universo que cuenta con medios gigantescos, pero que son utilizados, aun, desde la perspectiva de la vieja política de potencia. Tenemos que reconocer y actualizar, desde un marco histórico, revolucionario y moral, la finitud de los recursos y la necesidad de su racionalización. Concretar esos objetivos y hacerlos posibles conjugando las contradicciones desde una paz constructiva y dinámica, será la misión primordial de las juventudes estudiantiles y revolucionarias del Tercer Mundo.

No quiero terminar sin hacer una denuncia inequívoca de cualquier intento de atribuir a los países productores de materias primas el actual desequilibrio de los mercados o la inflación mundial. La crisis del petróleo, que se achaca a los países productores, representa el intento, absolutamente lógico, de recuperar los recursos naturales, de un lado, y de establecer, del otro, una relativa igualdad en los intercambios antes de que se produzca el agotamiento de sus recursos naturales o se descubran otros nuevos. Posibilidad esta última que es indiscutiblemente prometedora, pero que hasta ahora fue un secreto más de las empresas transnacionales. Lo utilizaban como un mecanismo de presión o como una estrategia de poder ante las naciones dependientes.

Es indispensable decir que la política de precios a escala mundial se ha constituido siempre sin tener en cuenta las necesidades presentes o futuras del Tercer Mundo.

La inflación internacional, como el presidente del Banco Mundial ha tenido que reconocer, se inició antes de la elevación de los precios del petróleo. Era el sistema económico total el que sufría las consecuencias de unas contradicciones vinculadas a la desigualdad y el desarrollo irracional. El Tercer Mundo, y de ahí también su nueva responsabilidad al disponer de nuevos recursos, no es responsable de la quiebra del sistema, sino la caja de resonancia que se aspira a emplear para ocultar las causas esenciales de la crisis.

Por otra parte, en esta hora delicada de las relaciones internacionales, tampoco es posible olvidar que el cambio de los precios de las materias primas representa la intervención soberana en su destino, por vez primera en la historia económica moderna, de los países productores. Durante siglos nadie protestó de que la plusvalía se exportara, acunada en oro o mercancías, a las metrópolis imperiales.

La lucidez aconseja medir también las consecuencias generales que la crisis, como es bien evidente, acarrea para las naciones más pobres del planeta. Es preciso encontrar, en el área de la soberanía y la interdependencia, soluciones globales, directas e inmediatas para los que más sufren en el campo de la alimentación y la energía.

Tampoco puede olvidarse que estamos ante una revolución tecnológica transnacional que tiene como fin la reconversión de las fuentes de energía, y, por tanto, no sólo debe mantenerse en pie la bandera de la recuperación de los recursos naturales, sino la política de la transformación radical de nuestras sociedades para que, en su momento, podamos hacer frente a los cambios científicos y técnicos que los nuevos hechos determinarán en el curso de la presente generación.

De no ser así asistiríamos al aumento irreversible de las

diferencias y distancias que separan hoy a los países de los espacios industriales de los países de los espacios periféricos o marginales.

Esa realidad nos obliga a un esfuerzo realista respecto al sentido último de los cambios del mundo. La participación del Tercer Mundo en los foros mundiales no debe suscitar contradicciones o debates originados en la lucha por prerrogativas, presidencias y vicepresidencias, sino por la formulación analítica y revolucionaria de las metas y fundamentos objetivos de un nuevo orden económico mundial.

En ese sentido México ha propuesto una Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados que pretende establecer, partiendo de la realidad contemporánea, los grandes lineamientos de un proyecto indispensable para la sobrevivencia humana.

La Carta de Derechos y Deberes tendrá que ser entendida, además, como una verdadera carta antiinflacionaria y, por consiguiente, como un instrumento indispensable también para los países industriales, que podrían encontrar en ella la solución a uno de los más graves problemas del mundo actual.

Señores delegados y amigos del Tercer Mundo:

Las disparidades generadas por el orden económico internacional basado en mecanismos de dominio son, pues, la causa principal del Estado y de la condición de subdesarrollo. Múltiples variantes de sujeción colonial sobreviven hasta nuestros días al amparo de imperialismos económicos que impiden una transformación radical y necesaria de los sistemas de relaciones entre las naciones.

Las crisis sucesivas que está viviendo la humanidad no representan fenómenos aislados, sino la manifestación refleja de un desequilibrio mayor.

La irracionalidad del sistema económico ha acelerado las contradicciones y reducido, por la rigidez estructural del dominio, las alternativas. No podemos seguir impasibles ante una situación que amenaza quebrantar el frágil equilibrio de la paz. Tampoco será factible llegar a formas superiores de convivencia, en tanto no desaparezcan las formas sustanciales de la dependencia histórica. Renovar los soportes de un modelo económico incapaz de satisfacer las aspiraciones de la mayoría de los pueblos y dar un cauce jurídico a los principios consagrados de solidaridad y cooperación internacionales, supondrá tanto como sentar las bases de un mundo estable.

Ese fue el sentido profundo de la proposición que en 1972 presentamos ante el foro multilateral de la Tercera UNCTAD. Allí mismo, en Santiago de Chile, la voluntad soberana del pueblo se confrontaba a los intereses de los más poderosos y a la arrogancia imperial de las empresas transnacionales. Por esa misma causa, y en un plano global, quisimos proteger a los países débiles de los embates de la fuerza. Entonces, como ahora, estábamos conscientes de que frente a una estructura económica mundial que a todas luces nos desfavorece, el sentido de un nuevo derecho es la única posibilidad racional de transformar el mundo. La muerte trágica del presidente Allende y la caída de un régimen constitucional ha confirmado la necesidad de codificar y desarrollar normas para el establecimiento del nuevo orden económico internacional.

La Asamblea General de las Naciones Unidas en su presente sesión, habrá de examinar un proyecto de Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que cuenta con el apoyo unánime del Grupo de los "77". Sabemos que la gran mayoría de los gobiernos respaldan la adopción de este documento. Mi país, al igual que el resto del Tercer Mundo, espera lograr un consenso que otorgue validez universal a la Carta. Si tal no fuera el caso, quedará constancia de la voluntad mayoritaria por modificar una situación injusta, frente al egoísmo de las grandes naciones. Naciones que por su capacidad de actuación en el mundo tendrían que ser defensoras de un sistema universalista de principios, pero son, al contrario, fortalezas históricas del particularismo. Naciones, en síntesis, que exportan, con la contaminación de lo superfluo, la subcultura de la sociedad de consumo.

Por otra parte, no hay que olvidar que el Grupo de los "77" está constituido ya por 104 países que representan al 75% de las naciones miembros de la Organización de las Naciones Unidas y al 75%, igualmente, de la población de la tierra.

La Carta supone el primer intento global de instituir un nuevo orden económico. Define la soberanía inalienable de cada Estado para elegir un sistema político, social y cultural sin ingerencias o coacciones de ninguna clase.

Precisa la Carta el total derecho de todos los estados para la soberanía plena de los recursos naturales de toda su riqueza y el libre uso de sus actividades económicas.

Reglamenta la plena autoridad de los estados sobre las inversiones extranjeras dentro de su jurisdicción nacional, con arreglo a las leyes y reglamentos y de conformidad con sus objetivos y prioridades nacionales, sin aceptar intervención preferencial alguna, por parte de un Estado, en favor de sus inversionistas en otro país.

Determina, norma y supervisa la Carta las actividades de las empresas transnacionales dentro de la jurisdicción propia del Estado para que se ajusten no sólo a las leyes y disposiciones nacionales, sino para que estén de acuerdo con sus políticas económicas y sociales. Esa formulación no sólo se proyecta sobre las actividades transnacionales, sino que impone la prohibición expresa a cualquier Gobierno para que no escude sus actividades tras ellas. Actividades, en algunos casos concretos, probadas y confesadas oficialmente por sus hombres de Estado, como aconteciera, recientemente, respecto a Chile.

Regula y legitima la Carta la nacionalización, la expropiación, el embargo de bienes extranjeros. En esos casos el Estado que adopte las medidas deberá pagar una compensación apropiada y en los casos que las circunstancias pertinentes así lo exijan, en las ocasiones en que la compensación dé motivo a controversia, ésta se resolverá conforme a la Ley Nacional del Estado que nacionaliza, y por sus tribunales, salvo cuando los estados interesados, por acuerdo libre y mutuo, sin ingerencia y con base en la igualdad soberana de los estados, acuerden recurrir a otros medios pacíficos.

Condena la Carta cualquier discriminación del régimen de comercio internacional y mantiene, a su vez, el derecho que tienen todos los estados a asociarse en organizaciones de productores de materias primas, a fin de desarrollar las econo-

mías nacionales para conseguir el financiamiento adecuado para su desarrollo y correspondiendo al deseo universal de expansión y crecimiento de los intercambios internacionales, sobre todo porque la Carta de Derechos y Deberes Económicos considera que la responsabilidad primordial de todo Estado es promover el desarrollo económico, social y cultural de su pueblo. Ese supuesto impone el derecho y la responsabilidad de elegir las prioridades y objetivos del desarrollo y las formas y medidas para movilizar y utilizar, soberanamente, la totalidad de sus recursos y riquezas nacionales.

La Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados es un intento progresivamente colectivo y que supera cualquier definición nacional singularizada, para entrañar en el campo del Derecho Internacional los principios esenciales para una convivencia humana basada en la equidad y la justicia, la igualdad soberana, la interdependencia, el interés común y la cooperación internacional.

Comprendemos bien que los desajustes y conflictos que afligen al mundo van más allá de la injusticia o el error de los más fuertes. Conforman una estructura irracional que pone en peligro la seguridad misma de la vida humana.

No desconocemos las dificultades que habrán de superarse para la adopción definitiva de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, pero una cosa es cierta: o se crean las condiciones justas y conscientes para la vida humana o las relaciones internacionales sufrirán cada jornada el embate irresistible de la historia revolucionaria. La fuerza ha prevalecido durante siglos. La fuerza, en el día de hoy, vive bajo la dimensión estricta de la debilidad. Nadie podrá imponer ya, al Tercer Mundo, ni su rumbo ni su destino.

PARTE IMPROVISADA AL TERMINAR
LA LECTURA DEL DISCURSO*

Hemos recibido informes desalentadores de otros países que últimamente disponen, por el petróleo, de grandes caudales. Sabemos que éstos son enviados para ser manejados por compañías transnacionales, las que han explotado por siglos a los países que hoy son los principales abastecedores de petróleo; que estos caudales son manejados para comprar en Europa o en los Estados Unidos de América infecundos bienes raíces, que en algunos países productores no se emplean en beneficio de sus pueblos, sino en beneficio de pequeñas minorías y en la compra de armamentos, repitiendo así los viejos errores de los países imperialistas.

No podemos creer que algunos países exportadores de petróleo quieran abandonar la actitud fraternal con los países del Tercer Mundo y colocarse, inhumanamente, en el ámbito de los errores tradicionales que hasta hace poco ellos criticaban.

No podemos concebir que se cometa ahora un error de esa naturaleza cuando, al mismo tiempo, en estas últimas horas, los propios países que han propuesto que se cree un fondo financiero para realizar proyectos y llevar a cabo programas de ayuda a los países que están ahora pereciendo por falta de

alimentos —y hemos propuesto en las últimas horas que no se piense sólo en un fondo financiero de fines mediatos— no estén en aptitud de demostrar su buena voluntad apartándose de la idea de dar, con México, una demostración de que realmente quieren ayudar a esos pueblos que están desapareciendo, mediante aportaciones inmediatas —aunque no fueran muy grandes— a efecto de que pronto, esta misma semana, se puedan concertar compras de alimentos que enviar a Bangladesh, a la India, a Etiopía o a Tanzania.

Al mismo tiempo que con el dinero del petróleo se están comprando aviones de último modelo con fines agresivos, en algunos países productores de petróleo se está negando ayuda a países del Tercer Mundo que en este momento están pereciendo.

Yo les hago nuevamente una invitación para que den desde luego, antes de que concluya esta reunión mundial, una prueba de buena voluntad, si es que realmente la tienen. México está dispuesto, en la medida de sus posibilidades, a aportar una ayuda proporcional.

Creo, como ayer lo decía, que esta Conferencia fracasará si no se crea un mecanismo permanente de ayuda, un fondo financiero y que emplee los instrumentos hasta ahora creados y que han sido ineficientes por estar al servicio de grandes presiones políticas de los países industriales.

Esta es mi convicción, y lo digo con toda franqueza: fracasará esta reunión si no puede dar una prueba aunque sea de modo proporcional, pero inmediata, de su buena voluntad. Se hará cómplice del colonialismo. Sobre todo aquellos países que ahora disponen de esos caudales que están mandando a bancos suizos y a Wall Street para ser usados para el financiamiento de las compañías transnacionales que han explotado al Tercer Mundo o que están comprando aviones de guerra de último modelo. Fracasaré si no hay una demostración de buena voluntad. Y creo que todos nos avergonzaremos de haber perdido el tiempo, habiendo concluido la Conferencia, si no hay una prueba objetiva de solidaridad en el Tercer Mundo.

Se han resuelto inversiones de modo muy rápido en Suiza, o se han enviado muy importantes depósitos bancarios a algunos grandes países capitalistas de Europa, o de los Estados Unidos de América. Lo que parece que no hay voluntad de resolver en esta asamblea es una medida práctica e inmediata que demuestre la buena voluntad; parece que no ha habido un cambio de actitudes mentales; que no se ha salido de una disposición colonial; que se quiere repetir en una pequeña escala, e ingenuamente, el viejo modelo colonial y expansionista de las grandes potencias responsables de la crisis contemporánea.

Esto es lo que México dice fraternalmente en el seno de los países del Tercer Mundo y de los no alineados:

Si no hay una prueba concreta, se desalentará este movimiento, todavía muy invertebrado, de los países del Tercer Mundo y de los no alineados. Sólo entre amigos y compañeros se puede hablar con esta franqueza.

* Versión no oficial de algunos párrafos. [Nota de la Redacción.]